MINISTERIO DE
POLÍTICA
TERRITORIAL

Gabinete
de Prensa

INTERVENCION DEL VICEPRESIDENTE TERCERO DEL GOBIERNO EN EL ACTO DE INAUGURACIÓN DE LA CONFERENCIA ANUAL DEL CLUB DE MADRID

Madrid, 12 de noviembre de 2009

Me siento especialmente honrado por poder participar en esta ceremonia de inauguración de la Conferencia Anual del Club de Madrid, una organización prestigiosa por sus componentes y también por los resultados que viene produciendo su reflexión. Les deseo, en nombre del Gobierno de la Nación, una feliz y productiva estancia entre nosotros.

Permítame, Sr. Lagos, que aproveche esta ocasión para felicitarle a Vd, en su calidad de Presidente del Foro, y a todos sus miembros, por su empeño en la noble tarea de promover la democracia en el planeta y por la labor que, desde la fundación del Club hace siete años, vienen llevando a cabo en favor de esos valores universales en los que todos nos reconocemos de paz, libertad, justicia y solidaridad.

El encuentro de este año está dirigido a analizar las dimensiones políticas de la crisis internacional por la que atravesamos, algo que, entiendo, es particularmente importante en este momento que, sin duda, está marcando el fin de una era y el comienzo de otra y, como suele ocurrir en estas circunstancias, está lleno de incertidumbres pero también de expectativas.

Hablar de la dimensión política de la crisis es, en realidad, referirse a una de las caras de esa realidad poliédrica ante la que vivimos, porque tal y como se va demostrando en los últimos meses, ya no es posible sostener una visión del mundo en la que lo económico se separe o se autonomice de lo político y social.

Se trata de tres ámbitos que, como estamos viendo, forman parte de una única realidad. Estoy convencido de que la actual situación económica mundial sólo es una vertiente más del colapso de una manera de ver el mundo, de entender y practicar la política, de concebir las relaciones humanas, la economía y la vida en sociedad.

La crisis internacional es un reflejo de la quiebra de un modelo que defendía la reducción hasta el extremo de la política con el argumento, que se ha demostrado falaz, de que cuanto menor fuera la intervención del Estado, cuanto menor fuera el ámbito de influencia de lo público, mejor para todos, más progreso y más bienestar para todos se llegaría a producir.

Por la fuerza de los acontecimientos, la tesis del “Estado como problema” se ha reconvertido abruptamente en el “Estado como solución”.

De hecho, basta asomarse a la prensa especializada para darse cuenta de que, a este respecto, nos encontramos ante un verdadero giro copernicano.

Analistas, pensadores económicos, divulgadores y líderes políticos que hasta ayer mismo defendían aquella opinión han pasado, en muchos casos sin solución de continuidad, a demandar y a aplicar fórmulas en las que los poderes públicos han de garantizar, supervisar y regular el funcionamiento real y efectivo de un mercado que,

para ser saludable –como siempre había sido, por otra parte – necesita previsibilidad, un marco normativo estable, controles dentro de la flexibilidad, garantías y paz social.

Hoy, todo el mundo mira a los poderes públicos como quienes únicamente han podido impedir la catástrofe y quienes únicamente pueden solucionar los problemas de regulación y corrección de las deficiencias del sistema.

Por lo tanto, de la crisis surge un nuevo protagonismo y una puesta en valor de lo público, lo cual lleva a una reivindicación de la política, de la política democrática, y de quienes la protagonizan.

Tengo, además, la convicción de que, cuanto más comprometidos se está con los valores de progreso y de democracia en una determinada acción pública, más se necesita del impulso de la política y de la implicación de los ciudadanos, que deben participar como tales, ejerciendo su condición de ciudadanía y no tanto la de consumidor, como con tanto acierto nos ha explicado en otras ocasiones Ricardo Lagos.

Reivindicación de lo público no significa, claro está, un movimiento de péndulo hacia un "estatismo" que nada bueno nos traería. Ni era antes la solución ni lo sería ahora. Precisamente porque hay tareas que sólo podemos encomendar a los poderes públicos, no deberíamos mermar ni el prestigio ni la energía del Estado a la hora de acometerlos atribuyéndole otras que puedan desempeñar mejor los particulares.

La historia nos ha enseñado a todos que un Estado no es más fuerte por ser más expansivo, por querer abarcar cada vez más ámbitos de la vida social, sino precisamente por favorecer y garantizar las condiciones que permitan el desarrollo propio y libre de esa vida social.

En consecuencia, todo el Estado necesario, todo el Estado imprescindible, pero no más.

Y, si nos encontramos ante desafíos globales, inevitablemente la respuesta, para ser efectiva, ha de ser global. En realidad, esta crisis nos ha confirmado que el mundo es un único escenario que nos une para lo bueno y para lo malo y que, por ello, la globalización tiene que ser gobernada, demostrando que somos capaces y tenemos la lucidez suficiente para construir una nueva arquitectura global.

La superación de la crisis demanda un nuevo marco regulatorio. No se trata sólo de ordenar adecuadamente los flujos de capital o de lograr una mayor estabilidad macroeconómica, sino también de hacer frente a retos tan importantes como conseguir un comercio internacional más justo; avanzar en la lucha contra la pobreza y en la extensión de los derechos humanos; prevenir las crisis alimentarias; combatir eficazmente el cambio climático; alcanzar una cooperación energética mundial; regular adecuadamente el fenómeno migratorio.

Retos todos ellos que están en relación con las amenazas a la seguridad global: terrorismo; abastecimiento energético y alimentario; tensiones migratorias y otros.

Compartir este mundo en pleno Siglo XXI significa, inevitablemente, compartir estos desafíos. Y la responsabilidad que tenemos todos es dar una respuesta proporcionada, por su ámbito y por su envergadura, a esos retos verdaderamente decisivos.

Para poder conseguirlo, debemos potenciar el multilateralismo en la toma de decisiones. Ningún país por sí mismo, lo acaba de recordar el Presidente Obama en Naciones Unidas, está en condiciones de resolver en solitario estos problemas mundiales.

Por tanto, necesitamos Estados modernos y capaces de saber jugar en la era de la globalización, para contribuir a la gobernanza mundial. Ésta es la era del multilateralismo, la era de las organizaciones internacionales, de las organizaciones supranacionales y los Estados tienen que adaptarse a esta realidad. Saben y pueden hacerlo, y han demostrado su capacidad de evolucionar a lo largo de la Historia.

Hasta el momento hemos dado pasos importantes a través del nuevo papel del G-20 como foro principal de cooperación económica internacional, cuya ampliación lo ha dotado de mayor democracia y, en consecuencia, de mayor fortaleza.

Pero nos queda por delante la tarea de abordar la reforma en profundidad de las instituciones internacionales existentes para hacerlas más útiles, más eficaces y más democráticas y, a través de todo ello, las dote de mayor legitimidad para actuar en el difícil y complicado escenario mundial.

Señoras y señores

España puede y quiere jugar un papel activo en la construcción de ese nuevo orden mundial, en la definición, articulación y puesta en práctica de las reglas de la gobernanza global.

Mi país no sólo es una de las diez primeras economías del mundo, sino que cuenta con otros recursos, capacidades y potencialidades importantes a la hora de contribuir a fraguar los consensos precisos para avanzar en esa dirección.

Tenemos también la voluntad de hacerlo, participando del liderazgo en la búsqueda de nuevas iniciativas, de forma perfectamente compatible con nuestras sólidas convicciones europeístas. La próxima presidencia europea de España será una excelente oportunidad para avanzar en esa imprescindible agenda global.

Por todo ello, en nombre del Gobierno de España, me congratulo de que hayan elegido la capital del Reino para celebrar este encuentro del que, estoy seguro, saldrán conclusiones y reflexiones del mayor interés para todos.